

Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:

En la muerte de Alain Philippon

Autor/es:

Erice, Víctor

Citar como:

Erice, V. (1999). En la muerte de Alain Philippon. Banda aparte. (13):16-16.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42309>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



TICKETS

EN LA MUERTE DE ALAIN PHILIPPON

Victor Erice



Alain Philippou

Sé muy bien, cuando escribo estas líneas, que el nombre de Alain Philippou no dirá apenas nada a la mayoría de los lectores, triste paradoja que uno debe afrontar cuando se ve en la necesidad de presentar a una persona en el momento mismo en que ha dejado de existir. Paradoja, a la vez, muy común, que hay que asumir si se quiere romper públicamente, aunque sólo sea por unos instantes, ese cerco fatal, mezcla de silencio y olvido, que parece perseguir a los que se van de este mundo como han vivido, obediendo siempre a los impulsos del corazón.

Miembro del Comité de Redacción de *Cahiers du Cinéma* entre 1981 y 1988, profesor dedicado a la enseñanza del cine, autor de varios libros ¹, realizador ², Alain Philippou murió en París, suicidado — como Jean Eustache, a quien tanto admiró como cineasta, y al que dedicó una obra, el pasado 27 de agosto, a la edad de 51 años. Días después, su compañera me comunicaba la triste noticia: Alain — decía — se había ido sumiendo en estos últimos años en una profunda depresión porque ya no soportaba sentirse incapaz

de rodar nuevas películas, de escribir otros libros, o sencillamente de vivir.

De Alain Philippou guardaré siempre su recuerdo como persona: por su generosidad y su calor humano, en primer lugar; por su inteligencia, también. Escritor dotado de una especial sensibilidad, en posesión de una auténtica voz, preocupado hasta la obsesión por unos temas que —al menos en mí— despertaban de inmediato un eco familiar. Él mismo me confesó —hace unos años, en una carta— que se sentía especialmente conmovido por las cuestiones que giran alrededor de la infancia, el miedo y el cine, y que en su evolución personal no había acabado aún de resolverlas. Al hablar de esta manera, parecía aludir a una suerte de "trauma", y así era, en efecto, hasta el punto de que esa experiencia primordial constituyó el eje alrededor del cual giró con frecuencia lo mejor de sus reflexiones. Para él, el trauma, asociado siempre a la visión temprana, infantil, de una película, era el lugar del origen, aquél desde el cual la historia arranca para desplegar su ficción. No sólo el sitio de donde se viene, sino también el destino hacia el

cual, sin saberlo, uno se encamina. Se comprenderá, entonces, el carácter de una deriva semejante, llevando siempre auestas, dolorosamente, la consciencia, cada vez más nítida, de estar dando vueltas alrededor de un cine en trance de agonía, cuando no definitivamente muerto. Nada resulta tan expresivo a este respecto como sus propias palabras, redactadas casi a modo de epitafio, con motivo de *L'Homme atlantique*, de Marguerite Duras:

"El cine nació con el siglo. Vivió bien, prosperó. Hacia el final de su vida, se abotargó, víctima de un recalentamiento económico y cultural que le ocasionaba continuos cambios bruscos de tensión. Todo comenzó a rodar cada vez más rápido, como en un ti vivo desenfrenado: las copias rebotaban de sala en sala, se expulsaban las unas a las otras, los hacedores de cine giraban muy rápido sobre ellos mismos para reflejar todas las caras de sus diamantes de bisutería: ni se podía ni se les quería seguir. Algunos raros cineastas aminoraron la marcha, para reflexionar. Otros detuvieron todo, brutalmente, filmes y vida. Se desconoce de modo exacto de qué o por quién murió el cine. Se señaló a varios sospechosos. Siempre se dice que murió, como todo el mundo, de una parada cardíaca." ³

Le blanc des origines ("El blanco de los orígenes"), es decir, ese efecto a través del cual las imágenes se disuelven en la pantalla del cine, era para Alain Philippou la gran metáfora, el punto inmaculado donde todos los signos, agotado el sentido, quedaban definitivamente abolidos. Quién sabe si en el último acto de su vida no hizo otra cosa que adentrarse, de una vez por todas, en esa *terra incognita*, para, más allá de las escisiones personales, más allá incluso de la escena primordial, dejar de ser uno, fundido en el *blanco de los orígenes*.

1. *Jean Eustache*, Editions de l'Étoile/Cahiers du Cinéma, 1986; *André Techiné*, Editions de l'Étoile/Cahiers du Cinéma, 1988; *À nous amours*, de Maurice Pialat, Editions Yellow Now, 1989 y, *Jacques Doillon: entretiens*, Editions Yellow Now, Studio 43 Dunkerque, Ciné 104 Pantin, 1991.

2. *La femme sans ombre*, cortometraje, 1985; *Les filles du Rhin*, largometraje, 1990, Premio Especial del Jurado en el Festival de Belfort.

3. "Filmar la muerte del cine" ("Filmer la mort du cinéma"), texto originalmente en el número 331 de la revista *Cahiers du Cinéma*, en 1982. Incluido en el libro *Marguerite Duras: el cine del desgarro*, publicado por *Banda Aparte* en su colección: *Imágenes 1*, Valencia, 1997.